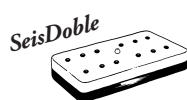


LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO



[12]

LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

Nieves Abarca



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

Coordinada por Antonio Parra Sanz

© Nieves Abarca, 2026

© de esta edición, MENOSCUARTO EDICIONES, 2026

Ilustración de portada: MIGUEL NAVIA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-19964-53-3

Dep. Legal: P-159/2026

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.

C/ Italia, 49

34004 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

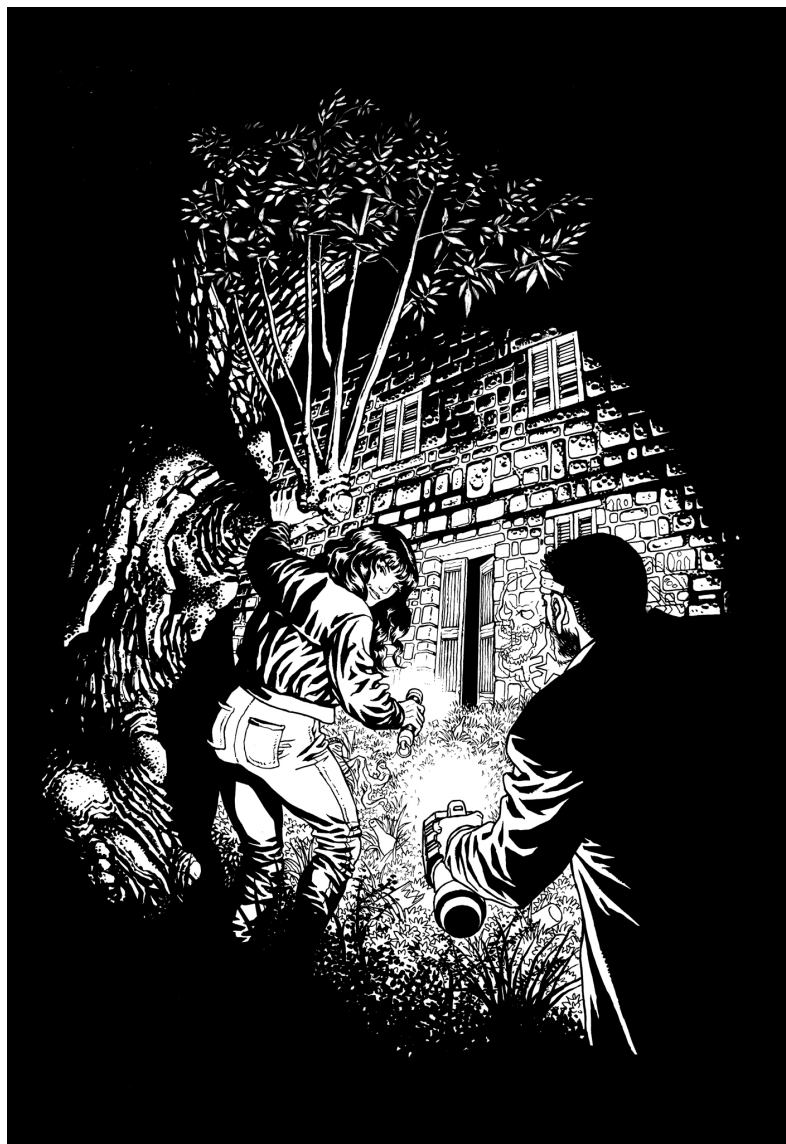
«Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad.
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar!»

JOSÉ DE ESPRONCEDA,
La canción del pirata

«Una vez descartado lo imposible, lo
que queda, por improbable que parezca,
debe ser la verdad.»

SIR ARTHUR CONAN DOYLE

«Triplemente maldita y teñida con la sangre y el deshonor de todos los que la han poseído. Quien sea que la abra, primero debe leer esta advertencia. Mi consejo es que la tire al mar.»



PRÓLOGO

EL NAUFRAGIO

El torbellino de agua, hierro y madera la arrastró hacia el fondo del océano. Una maroma se enroscó en su pierna como una serpiente marina y ella pateó de forma convulsa intentando liberarse. Maruxa Monterroso apretó los dientes y decidió con su voluntad de hierro que aquel no era el día de morir.

Ya le habían dicho por activa y por pasiva que aquel zafiro estaba maldito, pero ella era tozuda. Todos los que lo habían poseído fueron maldecidos por una serie de infortunios que no parecían tener fin. Pero una joya no iba a poder con ella, la pirata más temida de la costa atlántica. Se dobló sobre sí misma, se quitó la bota alta con esfuerzo y la cuerda se hundió igual que se estaba hundiendo su balandra, La Estrella de la Mañana. Buceó durante unos segundos en los que pensó que le iban a explotar los pulmones, pero llegó a la superficie a tiempo para tragar una bocanada enorme de aire antes de que una de las enormes olas volviera a golpearla con fuerza descarnada. La maldición del zafiro parecía seguir en

nombre de los dioses de las profundidades, pero no pensaba soltarlo: su oscuridad se reía de las maldiciones, ella era la maldición. El averno.

La tormenta había sido tan terrible que lanzó el barco contra las rocas afiladas de aquella costa que llamaban «de la Muerte», destrozándolo como si fuera un barco de papel en un charco. Algunos supervivientes gritaban y sollozaban atrapados por la resaca hasta el agotamiento. Maruxa no pensó en su tripulación, solo pensaba en salvarse, ni un segundo de piedad en su alma negra. La playa estaba cerca, las olas bien elegidas la podrían acercar a aquella enorme explanada blanca de arena. Un fallo y la resaca sería mortal, como lo estaba siendo para sus compañeros de infortunio.

Maruxa luchó y luchó, pateó, braceó y boqueó hasta acabar exhausta. Cuando ya no podía más, una ola enorme y poderosa la lanzó a la arena blanca y fina con un golpe de suerte que pareció aglutinar toda la desgracia de los demás piratas. Todos perecieron menos su capitana, la pelirroja loca y sanguinaria que acabó tirada en la orilla al lado de cuerpos de ahogados y restos del naufragio.

Despertó horas después, el sol radiante quemando su piel desnuda. Lo primero que hizo fue agarrar la piedra que llevaba colgada al cuello. Allí seguía, como una maldición aferrada a su piel. El mar había devuelto algunos cuerpos que permanecían boca abajo, inertes. La capitana se levantó con esfuerzo y se dio cuenta de que

parte de su ropa había desaparecido en el mar. Se acercó a uno de los cadáveres. Era su mano derecha, Soutomayor. Por su cabeza mojada corría un pequeño cangrejo que relucía al sol. Reprimió las ganas de llorar al ver a su amante ahogado, ella era la corsaria más temida, no se podía permitir debilidades. Le quitó la camisola y la levita azul y se las puso. Se colocó la daga en el costado. Buscó algún otro cadáver con botas o calzado que no le quedara demasiado grande. Espantó a varias gaviotas que se acercaban al festín de la carne muerta.

Los restos de su barco flotaban a la deriva a merced de las olas, que habían remitido su fuerza después de la borrasca. ¿Dónde estaba? En la Costa de la Muerte, seguro. Pero... ¿dónde exactamente?

A lo lejos, tras las dunas, había una laguna y más allá un par de caserones, sin duda de pescadores. Muerta de sed, la garganta seca, comenzó a caminar, dejando el pasado atrás. Con todo el oro y joyas que tenía ocultos y aquel zafiro, le daría para vivir muchos años sin volver a pisar un barco.

PRIMERA PARTE

LA EXPOSICIÓN

LA LLEGADA

Sonia Ruiz respiró hondo, estiró los brazos hacia el cielo y movió la cabeza de un lado a otro para relajar las cervicales. Sintió un par de cracs y sonrió con placer. Después de cinco horas conduciendo había llegado el momento de parar un rato, tomar una Coca-Cola Zero y unas patatas con vinagre que había comprado en una gasolinera y caminar un poco en el área de descanso.

Ponferrada.

Al fin vacaciones.

Salió del Mini y sintió un ligero escalofrío al rozar el viento frío su cabello oscuro. El Bierzo no era Madrid, allí le habían dicho que se fabricaba el frío. Aunque la mayoría del otoño había sido clemente y cálido, lo había consultado antes de hacer la maleta, diciembre amenazaba ya con bajada de temperaturas y al atardecer empezaba a surgir la neblina y el helor húmedo típico del Bierzo invernal.

Agradeció el fresco porque tanto rato con la vista fija en la autovía había acabado por adormilarla. Solo le quedaba una hora y poco más hasta su destino, Coruña. Iba a pasar allí el puente de Todos los Santos. Una amiga le dejaba la casa durante una semana, una casa delante de la

playa del Orzán. Olga Smirnova. Una mujer de armas tomar, empresaria de éxito en el mundo de la cosmética. Se iba a un campeonato nacional de *bridge* en Zaragoza. La había conocido cuando la rusa la contrató hacía unos años para demostrar que una compañía estaba plagiando su fórmula de una crema anticelulítica y se hicieron amigas, aunque la vida tumultuosa de la detective hacía que no se vieran mucho y solo mantuviesen contacto telefónico. Olga le ofreció su casa cuando supo que Sonia necesitaba parar y reflexionar después de los últimos casos por los que había pasado, que no habían sido moco de pavo. Y encima la muerte de Robe Iniesta. Su amor por Extremoduro y Robe la habían acompañado durante casi toda su vida y la partida del cantante le había roto el corazón.

A cambio tenía que cuidar de su perro, un pastor alemán cruzado con belga malinois de la policía de Madrid (¡quién tenía pastores alemanes en la época de los galgos y los perros salchicha, por Dios!) que adoptó después de ser retirado el animal de la brigada antidrogas. «Yo sé cuidar gatos, pero lo de los perros se me escapa», le había dicho Sonia mientras hacía una mueca. «No es difícil cuidar de Hollywood», le contestó. «Es un can adiestrado, obediente, cariñoso y hace todas las cosas en la calle.» Olga era una mujer muy persuasiva, y, ¡qué demonios!, necesitaba unos días frente al mar, comer marisco y pimientos de Padrón y huir de las aglomeraciones de la capital. Y, como siempre, su gato se quedaba a cargo

de su mejor amiga, Esther. Se sintió algo traicionera. Cualquier día su gato Pablo ya no la reconocería...

Se arrebujo en la chaqueta de cuero al notar otra ráfaga de aire frío y volvió a su Mini rojo con rayas blancas. Ya no quedaba mucho para llegar a Coruña y tendría que apurarse si no quería que le cayera la noche encima conduciendo.

Encendió la radio y bebió un largo trago de cola. Ya había escuchado dos veces «Dónde están mis amigos» y antes de volver a Extremoduro igual alguna emisora tenía algo entretenido para despejarse. Cuando llegó a la provincia de A Coruña todo era verde y una gran nube pesada amenazaba lluvia. Suspiró con resignación.

«*Bye-bye, bikini*», se dijo con ironía. Era diciembre y tampoco estaba muy por la labor de meterse en un mar de olas salvajes. Abrió con algo de culpa otra bolsa de patatas sabor jamón serrano mientras escuchaba las noticias: estaban a punto de inaugurar una exposición multidisciplinar sobre Picasso y otros pintores que prometía ser interesante. Si llovía, ya tenía un sitio para entretenerse. Unos días sin investigar, sin tener que hablar con nadie, sin preocupaciones, sin violencia. Unos días de unas puñeteras y necesarias vacaciones delante del Atlántico salvaje y borrascoso. Unos días desconectando de su propia vida.

Cuando empezaron a caer las primeras gotas, quitó las noticias y volvió a poner a Extremoduro. Ya quedaba menos para llegar.